



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECAÑO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11984

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península — Un mes, 2 ptas.— Tres meses, 6 id.— Extranjero — Tres meses, 11'25 id.— La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.— La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 10 DE AGOSTO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Eorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

GRAN FABRICA DE LUNAS
y depósito de cristales,
molduras, marcos y estampas

DE
JUAN SOLER E HIJO

Plaza de los Tres Reyes, 2. — CARTAGENA.

•••••

Lunas en blanco de espejo biseladas y grabadas al ácido.—Vidrieras artísticas para iglesias y salones.—Baldosas cristal para pisos.—Baldosillas para claraboyas.—Lunas de segunda plateadas.—Vidrios sencillos dobles, de color, macelinas, emerilados, moldados, &c. &c.

PRECIOS REDUCIDOS
PIDANSE TARIFAS
Se platean lunas deterioradas.

ha de ser hecha por los particulares que tienen carruaje, no hay verdadero entusiasmo para celebrarla. El año pasado se anunció y hubo que renunciar a sostenerla en el programa y este año Dios solo sabe los apuros que ha pasado la junta de festejos para no cosechar un fracaso.

Hay también otro festejo de importancia, culisimo, que se ha vulgarizado: los *Juegos florales*; pero tampoco pertenece al grupo de los fáciles y tiene el inconveniente de sembrar el descontento entre los que necesariamente se quedan sin papeleta para presenciarlos.

En resumen: la comisión de festejos actual ó la que esté en funciones el año venidero—si es que aquella sufre variación alguna—debe conservar en el programa los tres primeros festejos que hemos mencionado; pero sobre todo y por encima de todo, debe mirar con muchísimo cariño la *Velada marítima*, que es el festejo propio de esta tierra y el único que por sí solo puede constituir un buen programa.

Pero contamos sin la huésped; contamos con que las comisiones municipales de festejos que se vayan sucediendo y también los municipios tengan el mismo criterio que los actuales; contamos también con que esas comisiones se compongan de hombres tan entusiastas y tan activos como D. Fulgencio Vera, D. Ramón Cañete y don Manuel Antón, que han vivido estos últimos días sacrificados con motivo de los festejos, atendiendo a todo, vigilando todo para que cada cosa estuviese a punto. Así se han preparado las fiestas y así han lucido agradando a todos.

Los que no estén dispuestos a hacer lo mismo, deben renunciar el cargo cuando los nombres para no hacerse antipáticos al país; porque sería gran responsabilidad la suya si con su apatía y su falta de voluntad nos hicieran retroceder

en el camino en que á costa de tantos esfuerzos hemos entrado.

Si se oiera el caso de una comisión de festejos sin entusiasmos, sin voluntad y sin iniciativas, ¡adiós festejos y sobre todo adiós Velada marítima!

Bien es verdad que sobre ella caería el enojo de la población toda y tendría que ceder el puesto á quienes mejor miraran por los intereses de la ciudad.

Que no se olvide.

TIJERETAZOS

«La Opinión», periódico, publica un fondo económico del ministro de la Gobernación D. Alfonso González.

Y comparándolo con Morot, lo supone más serio, menos aficionado á la bambola y menos pagado de sí mismo.

Eso ya lo dirá la opinión cuando el ministro cumpla sus promesas.

Y en ese caso la opinión le dará su merced que será más desinteresado que el de «La Opinión».

Porque «La Opinión» suele equivocarse haciendo planchas.

Ayer publicó un suelto que decía así:

«Se encuentra en Madrid el gobernador de Zaragoza, Sr. Avedillo, que continuará, por ahora, al frente de aquella provincia.»

Indicativamente, por la noche se celebraron sesiones y «La Opinión» se quedaría como quien ve visiones.

Dicen de los Estados Unidos:

«Shaffer, presidente de la Unión de obreros metalúrgicos, ha lanzado una nueva proclama á los sesenta mil obreros que están en huelga, logrando que otros doce mil obreros dejen el trabajo.»

Si Shaffer tuviera que llenarle el estómago á esa gente, pensaría de manera distinta.

Y si por caprichos de la suerte se encontrase dueño de algún dinerillo, verían ustedes donde iba á parar ese apostol.

A llamar pillos á los que hoy halaga, es su cuenta y razón.

Porque eso del desinterés y sacrificio es monserga para.

En Bailén se ha suicidado un muchacho de trece años, elvencionito de un árbol.

¡Que mare!

¡Pero si el niño no había bebido y solo echaba empujón al suicidio!

Yo que el pobre abundantemente se acuerde por sí encontrarse algo.

¡Ocurren al presente tantas cosas extrañas!

OTRA VEZ EL TOXPIRO

Por el interés que vuelve á despertar el toxiro del inventor Daza, publicamos á continuación esta carta de Yocía que ha sido publicada antes por el «Diario de Cádiz», de cuyo colega la cortamos:

Yocía 2 Agosto.

Esta tarde, en su casa de las afueras del pueblo, Daza hablaba de sus años de inventor. Detrás, cerrando la llanura yermo, el negrozorro cerro de la Magdalena marca su lomo gigante; á los lados, la infinita sábana de los pantanos se extiende, se aleja, se estufa en la lejanía al pie de diminutas montañas azules; en frente, en las estratificaciones del abrupto paisaje, la ciudad gris se repite en un instante en pintoresco contorno.

En el fondo, en el fondo del cielo, se ven las orillas del inmenso lago de la Yaga. En la llanura casi por encima de una cortina de verdura, aparecen una enorme cúpula listada en espirales de azulejos blancos y negros; más arriba, sobre el perfil de una loma, alisa torre del Benacimiento resalta en el azul profundo del cielo.

Daza habla sentado ante la puerta. La quinta es una minuciosa casa de paredes tostadas, cercada de rodacinos blancos. Ante la puerta, entre cuadros de mangleas cubiertos y pomposas hortalizas, se abre una estrecha alameda, cubierta por el cimbreante toldo de una parra. Y bajo el follaje, en la siguiente calma de la noche pegueña, oímos como Daza va contando las desventuras y fatigas de sus empresas numerosas.

Daza es inventor; tiene la fe ardorosa del creyente; tiene la ingenuidad del niño. Toda su fortuna, á lo largo de sus esperanzas y sus ensueños, ha ido trocándose en los mil complicados artefactos de la mecánica moderna. Y un día Daza inventa una bomba hidráulica, otro una batería eléctrica, otro una sonda buscadora de corrientes

Recapitulemos

Acabó el programa de festejos y los forasteros han vuelto a sus casas llevando impresiones agradables. Las fiestas que les hemos ofrecido este año, merecen, sin duda, que al contar en sus hogares lo que han visto, les dediquen una frase de elogio.

Los forasteros, quedamos nuevamente solos, en familia, fatigados de los pasados agoteros, pensando en el pasado para deducir consecuencias respecto á lo futuro.

La experiencia de años anteriores, avalorada con la del presente, nos dice que hay entre los festejos que se acostumbran celebrar en Cartagena, tres indiscutibles, fáciles y que han encarnado hondamente en el gusto.

Nos referimos a la *Retreta Militar* que se ha probado en todas ocasiones que es de gran atracción; los *Fuegos acústicos*, que no son co-

mo los fuegos, fijos diversion preferente del vulgo, sino que satisfacen igualmente el gusto de las gentes cultas; y la *Velada marítima* que, como dijimos ayer al hacer el relato de la fiesta, ha traído más gente que los toros.

Esos tres festejos deben conservarse y el último de un modo especial, mejorándolo anualmente, hasta llegar a lo que ya se ha hecho aspiración de todos; iluminar el puerto para que todo él sea campo de la fiesta.

A parte los festejos mencionados, hay otros muy dignos de tenerse en cuenta: la *Batalla de Flores*, por ejemplo. También ha sido un triunfo, pero no es festejo fácil, ni por consiguiente indiscutible.

Dos se han celebrado y en las dos se ha hecho por las juntas de festejos cuanto se ha podido; mas los resultados no estuvieron en relación con el trabajo hecho.

Y no es que la *Batalla de Flores* quedara destituida en ninguna de las dos ocasiones que se ha celebrado, sino que siendo fiesta que

La sesión había sido levantada, y los consejeros habían ya tomado sus sombreros y bastones, ó sus palos para irse, cuando la puerta de la sala, que después de la invasión de los dos tecnos se había tenido buen cuidado de que estuviera cerrada, abrió para dejar paso á Rzepa, con el rostro obscuro como la noche, seguido de su mujer y acompañado de Rabel. La pobre mujer estaba pálida como una muerta, y los delicados rayos de fiscomía expresaban la angustia y el descorazonamiento, y en sus ojos negros temblaban aún las lágrimas.

Rzepa había entrado con la cabeza erguida; pero apenas hubo echado una mirada sobre los consejeros reunidos, perdió una buena parte de su valor, y con voz casi humilde, dijo:

—¡Alabado sea el Señor!

—¡Para siempre!—respondieron los consejeros en coro.

—¿Qué queréis vosotros?—preguntó con severidad el señor alcalde, que á la entrada de los dos aldeanos se había estremecido; pero que había recobrado en seguida su sangre fría.—¿Tenéis que reclamar algo? ¿se ha pagado alguna, ó se ha hecho algo parecido?

—Conto todo lo que era de esperar, el escribano me habló de el asunto interrumpido:—

—¡Lo que habia que hacer!

—¿Por qué no se ha pagado?

no me atrevo á pronunciar!... ¡Así cegaran ambos!

—¡Tú, ingrato, cuántas veces me has dicho que me amabas, y que por amor hubieras querido devorar me vivo!... ¡Así te ventaras!... Tiene una lengua que enventa y vá como un remolino!... Yo no le pegué con el cucharen, nó; fué con el mango. El sol aún estaba alto, y él había ya venido y quería comer. Cortésmente y con bondad, le dije: «¡Animadito! el amo está aquí en el campo, y tú ya has vuelto? pero «¡birtin», no lo dij; es to comó que Dios me oye. Que el diablo...»

Aquí el señor alcalde llamó á la acusada al orden, dándole:

—¿Quieres acabar de charlar, bruja?

Sucedió un breve silencio. Los consejeros reflexionaban sobre el caso jurídico que se les presentaba, y finalmente juzgaron que ninguna de las dos partes debían pagar los cinco florines porcasos á la otra, sino que el tribunal, tanto para conservar la propia autoridad como para que sirviera de aviso á las demás parejas amorosas de Schafskopf, condenaba á los acusados á una segunda detención de 24 horas en el cepellir, y á una multa común de dos rublos de plata para la casullería. Ya se comprendió, sin que deba recordarlo yo, que el señor Zozkowicz consiguió en el registro solo un tábulo.

Los detenidos estaban así en compañía de animales, de los cuales la zoología hecha para uso de la infancia, dice: «el puerco», «un animal que por su sociedad es llamado así, etc.», ó sea en compañía de quien no pudiera impedirle reflexionar sobre sus delitos, y por consiguiente, hacer firmes propósitos de enmienda para el porvenir.

Sin pérdida de tiempo fué el sargento á la celular, no dos, sino precisamente un par de malhechicos y los condujo á la presencia de los jueces. Van el leotor que es tan profundamente filosófico é hiperbólico y de qué naturaleza tan delicada, debía desembarcar el tribunal del lugar.

Tratábase de un hecho pastoral. Cierto Romeo, llamado vulgarmente Wasn Rechino, y cierta Julieta, llamada verdaderamente Baska Zobia, servían juntos en una factoría, como á oriato y á oriada. No podemos negar que se amaban y que no podían vivir el uno sin la otra, y viceversa, precisamente igual que el héroe y la heroína de la tragedia de Shakespeare, pero con alguna variante. Los dos se habían comprometido entre Romeo y Julieta, porque esta última cierta vez notó que Rechino se hallaba en contacto íntimo con Jaga, la suegra.

Desde aquel momento, la señora Julieta juró vengarse y aguardó la ocasión para hacerlo. Un día, Romeo volvió del campo sembrando el trigo, y se le

La sesión había sido levantada, y los consejeros habían ya tomado sus sombreros y bastones, ó sus palos para irse, cuando la puerta de la sala, que después de la invasión de los dos tecnos se había tenido buen cuidado de que estuviera cerrada, abrió para dejar paso á Rzepa, con el rostro obscuro como la noche, seguido de su mujer y acompañado de Rabel. La pobre mujer estaba pálida como una muerta, y los delicados rayos de fiscomía expresaban la angustia y el descorazonamiento, y en sus ojos negros temblaban aún las lágrimas.

Rzepa había entrado con la cabeza erguida; pero apenas hubo echado una mirada sobre los consejeros reunidos, perdió una buena parte de su valor, y con voz casi humilde, dijo:

—¡Alabado sea el Señor!

—¡Para siempre!—respondieron los consejeros en coro.

—¿Qué queréis vosotros?—preguntó con severidad el señor alcalde, que á la entrada de los dos aldeanos se había estremecido; pero que había recobrado en seguida su sangre fría.—¿Tenéis que reclamar algo? ¿se ha pagado alguna, ó se ha hecho algo parecido?

—Conto todo lo que era de esperar, el escribano me habló de el asunto interrumpido:—

—¡Lo que habia que hacer!

—¿Por qué no se ha pagado?